

la provincia que antiguamente se llamó también *Cuscatlán*. Pertenece todo este territorio al arzobispado y audiencia real de Guatemala, de quien dista S. Salvador como setenta leguas al Sur. Se dice ser de un cielo muy apacible y de bellos aires y aguas. Hállase situada como á treinta leguas de la costa del mar pacífico en 13° 14' de latitud septentrional: en la longitud hay mayor dificultad. El padre Juan Sanchez, uno de los primeros fundadores de nuestra provincia, y el mas hábil y laborioso de cuantos geógrafos ha tenido la América, en los mapas exactísimos que nos dejó de toda esta costa hasta Panamá, le dá poco ménos de 277 grados de longitud en un plano particular de la provincia de S. Salvador. En otro general de la audiencia de Guatemala, le dá 283. Notable diferencia de un autor á sí mismo! Nosotros dando á México 278 de longitud, segun los mejores modernos, pondríamos á S. Salvador en 287.

A principios del año habia ido allí por alcalde mayor D. José Calvo de Lara, vecino de Guatemala, hombre de mucha cristiandad y celoso en las cosas del servicio de Dios. A pocos meses experimentó la grande falta que habia de instruccion en la juventud en letras y costumbres. El afecto grande que habia tenido á la Compañía, le hizo tratar con los curas y vecinos mas distinguidos de la ciudad sobre la fundacion de un colegio. Convinieron todos gustosamente, y tanto, que en cabildo abierto tenido á este efecto el dia 28 de mayo, se ofrecieron cerca de cuatro mil pesos para la fundacion. En este cabildo, habiendo D. Sebastian de Quintanilla ofrecido unas casas que tenia vecinas á la hermita de la Presentacion, pero con el cargo de un mil pesos que tenian de censo, luego el mismo alcalde mayor ofreció los mil pesos para redimirlos siempre que se verificase el establecimiento de los jesuitas en aquella ciudad. Halláronse presentes á esta junta algunos justicias y vecinos de la ciudad de S. Miguel y villa de S. Vicente de Austria, que concordando en la utilidad que á sus respectivos lugares resultaba de aquel proyecto, prometieron conferirlo con sus repúblicas que contribuirían desde luego con toda voluntad. Un testimonio de este cabildo autorizado por Mateo Mauricio de Quiñones, remitió luego D. José Calvo de Lara al padre Juan Ceron, residente en Guatemala, y este al padre provincial Diego de Almonazir. Al siguiente octubre, el mismo padre Juan Ceron con otro compañero que á instancias del Illmo. Sr. obispo de Honduras pasaban á hacer mision en Valladolid de Comayagua, hicieron tambien de paso en S. Salvador y en S. Mi-

guel. La presencia y edificativa conducta de los misioneros jesuitas, junto con el grande fruto de sus sermones, encendió mucho mas los deseos de toda aquella provincia. Sin embargo, no juzgó el padre provincial poderse admitir por entónces aquella fundacion, movido parte de la distancia, con el ejemplo de las antiguas residencias de Granada y Realejo; parte por la facilidad con que se suele prometer en semejantes ocasiones, lo que despues no se cumple sin sonrojo del que cobra y desabrimiento de los que pagan. Sin embargo, habiendo uno de los vecinos, fuera de dicho cabildo prometido para despues de sus dias una hacienda de campo, se declaró abierta la puerta para que en ese caso ó semejante, fuese atendida su buena voluntad. A la California hizo nueva entrada este año el capitán Francisco de Itamarra, que once años ántes habia entrado con el almirante D. Isidro Atondo. Esta nueva expedicion fué aun de ménos utilidad que todas las antecedentes. La grande empresa de la conquista en que desde el tiempo del primer conquistador Hernando Cortés se habian hecho tantas entradas y gastado tantos millares del erario real y de particulares, la tenia Dios reservada al celo infatigable del padre Juan María Salvatierra. Este mismo jesuita se hallaba en la actualidad gobernando el colegio de Guadalajara; pero tanto por otras noticias, como por la relacion del padre Eusebio Kino, tan inflamado en el deseo de aquella espiritual conquista, que no parece que pensaba, ni sabia hablar de otra cosa, como en estos mismos términos informó á S. M. la real audiencia de Guadalajara. Estos deseos crecian cada dia tanto en el corazon del padre Salvatierra, que escribiendo á su íntimo amigo y confidente el padre Zappa en carta fecha á 19 de noviembre de 1693, le dice estas palabras: „Este fuego está vivo en mí, y ahora revienta por aquí, ahora por allí, y será fuerza si no le dan lugar por México, que revienta hasta Madrid y Roma. . . . *Quam spero propitiam*. . . . ¡Oh si pudiera hablar media hora con V. R. de la grande injusticia que se comete contra la California! &c.”

Despues de la muerte del padre Zappa, se notaron en el padre Juan María mas vivas las ansias, y es constante tradicion que al instante de espirar el padre Juan Bautista Zappa, se dejó ver á su amado compañero en traje de peregrino, animándolo á no desamparar aquella tanto difícil quanto gloriosa empresa. Desde que estuvo en la Pimeria, habia, como dijimos, encomendado al padre Kino la fábrica de un barco en que se pudiese provecer de víveres la desamparada y estéril Califor-

nia. El padre Kino, aunque deseosísimo de contribuir con todas sus fuerzas á la reduccion de aquel pais; sin embargo, no pudo poner mano á la construccion de dicho barco hasta los principios de este año de 1694. En los dos años antecedentes, este fervoroso misionero se habia ocupado en visitar los demas sitios y poblaciones de Pimas y Sobas. Estos viages eran de cuarenta, cincuenta y muchas mas leguas entre salvages, con suma incomodidad y fatiga. En en el territorio de los pimas se internó hasta donde hoy están los pueblos de S. Javier del Bac y Santa María Suamea, siendo el primero que hizo resonar el nombre del verdadero Dios entre aquellas naciones idólatras. En la jornada que hizo al Poniente á la nacion de los sobas hasta las orillas del seno californio, le acompañó el padre Agustin Campos. Por medio de los padres se compuso la antigua enemistad que habia entre esta nacion y los pimas de los Dolores, á causa de haber muerto estos en su gentilidad á un cacique de los pimas. Aquí hallaron mas de cuatro mil almas, de tal docilidad y blandura, que fué necesario arrancarse de ellos y negarse con dolor á las instancias que hacian para que alguno de los padres se quedase en sus tierras. Montaron la sierra que llamaron del Nazareno, y vieron claramente la costa opuesta de California, que solo les pareció distante de quince á diez y ocho leguas. Hablando de este viage el capitan Juan Mateo Mange, que acompañaba al padre Kino en un diario manuscrito, dice así: „En 14 de febrero, á la tarde, subimos al cerro del Nazareno, de donde vimos el brazo de mar de California, y de la otra banda cuatro cerros de su territorio, que llamamos los cuatro Evangelistas, y una isleta al Norueste, con tres cerritos de las tres Marías, y al Sudueste, la isla de los seris, que llamamos de S. Agustin, y otras del Tiburon. El 15, caminadas doce leguas al Poniente, llegamos á la orilla del mar, donde en sesenta años que ha que se pobló la Sonora, ninguno habia llegado. Vimos con mas distincion los cerros del dia antecedente de la otra banda del mar, cuya anchura, segun las medidas instrumentales, será en esta altura de 30 grados, como de veinte leguas. Se hicieron en esta jornada como veinticinco bautismos, entre enfermos de peligro y párvulos, por la firme esperanza que se tenia de reducir á pueblos aquella inmensa gentilidad y atraerlos al grémio de la Iglesia.”

Reconocida la tierra y las naciones en estos primeros viages, se determinó el padre Kino á poner en ejecucion la proyectada fábrica del barco, para lo cual salió de los Dolores para la Concepcion de Cabor-

ca en 16 de marzo con el dicho capitan Juan Mateo Mange, y veinte indios carpinteros, de los que habia enseñado el mismo padre, con hachas, sierras y demas instrumentos necesarios, y alguna madera labrada de prevencion, segun las medidas y galibos que daba el mismo misionero, único constructor y carpintero de ribera. En 21 de marzo, despues de celebrado el santo sacrificio de la misa, se dió principio á la fábrica cortando un grande álamo, que sirviese de quilla, de 38 piés de alto; miéntras se desvastaba y cortaban las demas maderas, se reconocieron muchas nuevas rancherías de pimas en los contornos de Caborca, y se descubrió en 31 de marzo el pequeño puerto de Sta. Sabina. Entre tanto, se reconoció no poderse seguir la fábrica del barco hasta que oreasen y secasen enteramente las maderas. Así dejando muchos materiales prevenidos, volvió el padre Kino á su mision hasta el mes de junio, en que pareciéndole estarian ya á propósito para poderse trabajar, volvió á Caborca. Entre tanto que la prosecucion de su obra le detenia en aquel sitio, persuadió á su compañero el capitan Mange, que con dos indios pimas, antiguos cristianos del pueblo de Uris, por intérpretes penetrase ácia el Norte. En este viage tuvo noticia del rio Gila, y de los grandes edificios que se ven en sus cercanías, de las gentes guerreras que en gran número poblaban aquellos paises, opas, cocomaricopas y otros bárbaros. Esta fué la primera ocasion en que se oyó hablar de estas gentes. El capitan, desamparado de sus guias, que por temor de aquellas naciones no quisieron seguir por aquel rumbo incógnito, se vió precisado á retroceder á Caborca. El padre Kino, que allí le esperaba, cuando vencida la mayor dificultad se hallaba en estado de esperar salir con su intento, recibió carta del padre Juan Muñoz de Burgos para cesar enteramente en la construccion del barco. El religioso y obediente padre, aunque se hallaba con órdenes del padre provincial, y conocia la mucha utilidad de aquella obra, no pensó sino en obedecer ciegamente, y alzando desde luego mano, dió vuelta á su partido de Dolores. Con las noticias que le dió de su jornada el capitan Juan Mateo Mange, se encendió el padre en deseos de reconocer aquella gentilidad y anunciarle el Evangelio. Creció mas el ardor cuando viniendo poco despues á visitarle algunos indios de S. Javier del Bac, le confirmaron las mismas noticias, y se ofrecieron á servirle de guias. Salió efectivamente con ellos por el mes de noviembre, y caminando mas de cien leguas al Norte, llegó al Gila, vió los grandes edificios de que ya hemos dado noticia mas difu-

samente en otra parte. Celebró en uno de ellos el santo sacrificio de la misa, y habiendo encontrado por todo el camino innumerables gentiles, no tan fieros como los figuraba el temor de sus neófitos, los acarició y procuró darles algunas luces de nuestra santa ley. Así en ménos de un año hizo este infatigable jesuita cuatro penosísimos y dilatadísimos viages, caminando en todos mas de cuatrocientas leguas por sierras, por arenales, por desiertos incógnitos y poblados solo de bárbaros salvages, sin otro interés ni designio que el de propagar la religion y el culto de Dios, cuyo celo le consumia.

Alzamiento de los pimas.

Todo el fervor y magnanimidad de este grande hombre fué menester para que no se sufocase luego al principio entre los pimas la semilla del Evangelio, y se arruinase enteramente aquella cristiandad. La conjuracion de los gentiles janos y sumas, no se habia enteramente desvanecido. A tramós, y como por represas se dejaba caer algun cuerpo de aquellos bárbaros, ya sobre uno, ya sobre otro, de los presidios mas remotos. Estos repentinos asaltos habian ya asolado muchas estancias de ganado y siembras, de Terrenate, Vatepito, S. Bernardino y Janos, y en la actualidad habia mucho fundamento para temer que acometiesen los lugares de Nacori y Bacadeguatzí. Desde el principio de estas revoluciones, se imaginó que los pimas y sobas fuesen los principales autores, ó á lo ménos partícipes y cómplices de tantos robos y estragos. Ni el informe del padre Juan María Salva tierra, ni las repetidas representaciones del padre Eusebio Kino, de *D. Domingo Gironza Petrus de Crussat*, gobernador de Sonora, ni de su sobrino el capitán *D. Juan Mateo Mange*, habian sido bastantes para desvanecer aquella inícuca nota que se habia puesto á los pimas. Persuadidos á ello, algunos capitanes de los presidios cercanos, pusieron por este tiempo en grande riesgo aquella provincia, y á una grande prueba la fidelidad y docilidad de los pimas. El teniente Antonio de Solis, hombre de génio altivo y arrebatado, en el Tubutama, misión del padre Daniel Tenuske, castigó cruelmente á muchos pimas, y aun dió la muerte á algunos por muy leves delitos. En S. Javier del Bac, hallando desierta una ranchería, y en ella alguna carne salada, se imaginó que seria de caballadas, que poco ántes habian faltado á los misioneros de Sonora. Sin mas fundamento que este su discurso, dando desde luego á los pimas por autores del robo, mató tres que pudo alcanzar en su fuga, y azotó cruelmente á dos. Por semejantes sospechas, el capitán Nicolás de Higuera, habia asolado algun tiempo ántes las rancherías

de Mototicatzi. Unos tratamientos tan indignos, se creyó que hubieran agotado la paciencia de los pimas, y los hubieran hecho entrar en la liga de los jocomes y janos, con que se hubieran marchitado en flor las bellas esperanzas que se tenían de su reduccion. Sin embargo, ellos perseveraron fieles, como ántes, en dos campañas seguidas por setiembre y octubre de este año de 1694: auxiliaron gallardamente á los mismos capitanes *D. Antonio de Solis* y *D. Juan Fernández de la Fuente*, con grande pérdida de los jocomes y apachés.

Sin embargo de que el cuerpo de la nacion hasta entónces estaba muy ageno de la traición y hostilidades que querian imputársele, no faltaron algunos desabrimientos entre los principales caciques, singularmente en el pueblo de S. Pedro de Tubutama, que bien presto dieron motivo á una quasi general sublevacion. El ministro de aquel partido, con ánimo de industriar en los ejercicios de campo á los pimas no acostumbrados, habia llevado consigo tres indios opatas de las antiguas misiones de Sonora con un mayordomo español llamado Juan Nicolás Castzioco, hombre duro y ágrio, más de lo que permitia el estado de una nueva cristiandad. Por ligeras causas azotaba y maltrataba á los pimas, especialmente en ausencia del padre: hacian lo mismo los tres indios opatas. El demasiado orgullo y aspereza con que estos estrangeros abusaban de la paciencia de los pimas, y de la autoridad que les daba su ministro, los conmovió tanto, que resolvieron no sufrirlos más. A la primera ocasion que estando ausente el padre, intentaron castigar á uno de los pimas, corrieron á las armas sus parientes, y vengaron el agravio con la sangre de uno de los opatas que dejaron atravesado de muchas flechas. Hubieran seguido la misma suerte el mayordomo y aun el mismo padre misionero, si se hallaran en el pueblo. Los agresores procuraron luego formar partido con los de Uguibta y algunos gentiles vecinos y pasar á Caborca. Para este partido, á que se habia dado el nombre de la Concepcion, habia sido destinado y conducido allí pocos meses ántes por el padre Eusebio Kino, el padre Francisco Javier Saeta. Al despuntar el sol, en sábado santo, 2 de abril de 1695, entraron á la pobre casilla del padre, que ignorante de todo, los recibió con su acostumbrada dulzura. No tardó mucho en conocer la mala disposicion de sus ánimos, é hizo llamar al gobernador del pueblo; mas este, temeroso de los bárbaros que habian venido en mucho número, no quiso esponerse al mismo riesgo. El buen padre, desamparado, hincó las rodillas en tierra, y recibió lue-

1695.

Muerte del padre Saeta.

La paz que se les concedió finalmente el día 17 de agosto.

go dos flechazos. Viéndose así herido, corrió á abrazarse con una devotísima imágen de Jesucristo crucificado que habia traído de Europa, y á pocos instantes rindió el alma. El padre Kino, noticioso de esta desgracia, envió luego al cacique gobernador de Borna que dió sepultura al cádaver, y recogió algunas de las alhajas del padre. A la vuelta encontró el cacique al general D. Domingo Gironza, que con su teniente D. Juan Mateo Mange, los padres Fernando Bayesca y Agustín Campos, caminaba á dar el castigo á los sacrilegos, y les entregó el santo Crucifijo con que murió abrazado el padre, que hasta hoy se venera en la iglesia de la mision de Arizpe. Se hallaron el dia 15 de abril los huesos y cabeza del padre, y junto á ellos veintidos flechas con que lo habian herido ya moribundo. Miéntras el general se empleaba en estos piadosos oficios, despachó la mayor parte de sus gentes á las serranías del contorno en busca de los agresores. Un indio que aprisionaron, declaró que los de Tubutama y Uguitoa habian sido los autores de aquella accion con sentimiento de todos los de Caborca, que no habian podido resistir á su furia y á su número. La tropa con sus capitanes marchó á Cucurpe, donde se hicieron á los huesos las exéquias con la mayor ostentacion que fué posible, cargando el pequeño cajon en que iban desde la cruz del pueblo hasta la iglesia el mismo general D. Domingo Gironza Petrus de Crussat.

Hecho esto, se dió órden al teniente Antonio Solis para que con la mayor parte de los soldados partiese otra vez á Tubutama y Uguitoa al castigo de los culpados. No se podia busear hombre mas á propósito para revolver á toda la nacion, de quien era ya aborrecido. Hizo sin distincion algunos ejemplares castigos en los que pudo haber á las manos. A una cuadrilla que se entregó de paz se le concedió con la condicion de que habian de traer é indicar al capitan las cabezas del motin. Efectivamente, cumplieron su palabra, y á los tres dias volvieron con mas de cincuenta indios, mezclados muchos inocentes con algunos de los malhechores. Unos y otros dejaron las armas y caminaron de paz ácia el campo. Los soldados de á caballo é indios tepoquis y seris que los acompañaban, formando un gran círculo, los tomaron en el centro. En esta disposicion se comenzaron á indicar y asegurar los malhechores, de quienes se habian amarrado tres, cuando los demas irritados de aquella traicion y perfidia, comenzaron á inquietarse, de suerte que la caballería trabajó mucho en contenerlos. El bravo oficial contra aquellos infelices desarmados, en vez de apaciguar-

los con la seguridad de que nada se intentaba contra ellos sino contra los culpados, comenzó á degollar por su misma mano á unos cuantos. No tardaron en seguir este cruel ejemplo los tepoquis y seris, irreconciliables enemigos de los pimas, con lo cual en un instante quedó cubierto el campo de cádaveres. El teniente Solis, muy orgulloso de su victoria, y creyendo haber vuelto la paz á la provincia, marchó á juntarse con el general á Cucurpe. De aquí, juzgando no tener que hacer en la Pimería, se trató que quedando tres soldados y el cabo Juan de Escalante en la mision de S. Ignacio, y otros tres con el capitan Juan Mateo Mange en Dolores, el resto del campo marchase á Cocospera para proseguir la guerra contra los apaches, tecomes y janos que de nuevo y cada dia con mas atrevimiento y suceso hostilizaban la Sonora. Apenas emprendieron la marcha, cuando los pimas indignados de la alevosía é inicuas muertes de los suyos, se derramaron en varios trozos por las diversas poblaciones, quemaron los pueblos é iglesias de Tubutama, de Caboria, de Uguitoa y otras vecinas. Ahuyentaron el ganado á los montes y profanaron indignamente los vasos y vestiduras sagradas. El padre Agustín Campos, ministro de S. Ignacio, sabedor de sus designios, envió luego la noticia al general que se hallaba á catorce leguas de allí. Por mucha prisa que se dieron, no se pudo evitar el estrago. A las ocho de la mañana entraron los amotinados en el pueblo de S. Ignacio. El padre Campos, con sus cuatro compañeros, se habia ya puesto en salvo, quemaron la iglesia y arruinaron la casa del misionero, y lo mismo continuaron haciendo en S. José de los Imeris, en la Magdalena de Tepoquis, y otros pueblos cristianos. La primera noticia que tuvo el padre Kino, fué que los pimas habian quemado vivo al padre Campos y á los soldados de su escolta. Trató luego de ocultar en una cueva, no muy léjos de Dolores, las alhajas de la iglesia, y prepararse para morir á manos de los salvages con una serenidad, que espantó á su compañero el capitan Juan Mateo Mange. La grande veneracion y amor con que todos lo miraban como á su padre, libró de las llamas á la mision de los Dolores. El general D. Domingo Gironza, habiendo dado parte al gobernador y capitan general de Nueva-Vizcaya, D. Juan Fernandez de la Fuente y D. Domingo Terán de los Rios con las gentes de sus presidios, revolvió sobre los alzados, les quemó algunas rancherías, taló las sementeras y dió muerte á algunos que alcanzó en su fuga, con tanta viveza y prontitud, que no hallando modo de librar las vidas, hubieron de rendirse á pedir la paz que se les concedió benignamente el dia 17 de agosto.

Piden la paz y se les concede.

Pacificada tan brevemente la provincia de la alta Pimería, creyendo el padre Kino que las noticias de su alzamiento pudiese confirmar el concepto que se tenia de su infidelidad é impedir el progreso de su conversion, determinó pasar á México á informar al virey y á los superiores de la Compañía de los motivos que habian quasi obligado á los infelices pimas á una demostracion tan agena de su genial docilidad y constante aficion á los españoles. El éxito de su negociacion veremos adelante.

En lo interior de la provincia florecian con tranquilidad los ministerios espirituales con los prójimos, y la observancia regular en los claustros. El padre Pedro Matias Gogni, á instancias del venerable dean y cabildo de la Santa Iglesia de Guadalajara, hacia por este tiempo mision en el obispado. Corrió los pueblos de Teocualtichi, Xalostotitlán y algunos otros con mucho fruto, y mayor aun en las villas de Santa María de Lagos y Aguascalientes. En el primero de estos lugares pretendió impedir la mision el cura, no bien informado del estilo de nuestras misiones, y creyendo acaso, como algunos otros vecinos, que se les querian sacar por este medio algunas limosnas; venció la poca aficion del cura el constante afecto y piedad de D. Andrés de Sanroman, uno de los mas distinguidos republicanos, que conociendo la necesidad que tenia la villa de aquel espiritual socorro, ofreció á los padres su casa y aun les envió todo el avío necesario para pasar allá. El cura se desengañó bien presto y ayudó á recoger las redes llenas, á que apenas bastaban muchos operarios. En Aguascalientes habia sido desde muchos tiempos ántes general el afecto á la Compañía, y aun se habia tratado de fundar allí un colegio. Este deseo se suscitó nuevamente al sentir el provecho de la mision; pero lo impidieron no pequeñas dificultades con noble sentimiento de su celoso beneficiado D. Martin de Figueroa, uno de los mas interesados en aquella pretension.

Muerte del padre Pedro Echagoyen.

En la Casa de la Profesa de México falleció con sentimiento de toda la provincia el padre Pedro Echagoyen, natural de S. Luis Potosí, de esta América septentrional, despues de haber obtenido los primeros cargos de la provincia. Fué dos trienios continuos maestro de novicios, rector del colegio máximo, prepósito de la Casa Profesa y procurador á Roma y Madrid, de austera y constante penitencia, y muy continuo trato con Dios, á que daba la mayor parte de la noche. La mortificacion de sus sentidos y singularmente de la vista resplandeció mu-

cho en su viage á la Europa: toda la grandeza, antigüedades y preciosidades de Roma, no fueron bastantes para hacerlo interrumpir su retiro y hacerle gozar de la recreacion que ofrece aquel gran teatro. Probóle Dios en sus últimos años con varios y dolorosos accidentes, de que lentamente consumido, á los 70 años de su edad, pasó de esta vida el 3 de junio.

A los principios de enero siguiente de 1696, aunque no de tan remotos términos y tan diversos caminos, llegaron en un mismo dia á México los padres Zappa, Salvatierra y Eusebio Francisco Kino: el uno de Guadalajara, y el otro de la Pimería. Por el mismo tiempo, á 8 de enero, se abrió nuevo pliego de gobierno en que vino señalado provincial el padre Juan de Palacios. Uno y otro misionero comenzaron á practicar con el nuevo provincial y con el Sr. virey, conde de Galve, todos los oficios conducentes al feliz éxito de sus pretensiones. El padre Kino consiguió hacer patente la injusticia que se hacia á los pimas en imputarles los robos y muertes, de que solo eran autores los apaches. Representó que en el próximo alzamiento los culpados eran unos capitanes de los presidios, demasiadamente orgullosos. Mostró claramente la iniquidad con que habian sido atropellados los habitantes de *Motocatzí*, y obtuvo sentencia á favor de sus pimas y orden para que fuesen restituidos á sus tierras. Obtuvo del padre provincial cinco misioneros, aunque por nuevas dificultades que despues se ofrecieron, solo llevó consigo á su vuelta al padre Gaspar Varillas.

En este viage, caminando para la Taraumara en compañía del capitán D. Cristóbal de Leon y algunos otros españoles, aconteció, que pasando por cerca de una mision se apartaron los padres á saludar al ministro de aquel partido. En este intermedio los salteadores apaches cayeron sobre aquel convoy en tanto número, que á pesar del valor con que se defendieron todos los españoles é indios arrieros, quedaron sobre el campo. El padre Kino y su compañero, reconociendo la amorosa Providencia que los habia preservado de aquel riesgo para la salvacion de muchas almas, llegaron á la Pimería á la mitad de mayo. Pasó luego con el nuevo misionero á Tabutama y á Caborca. El padre Gaspar Varillas escogió esta segunda, tan frescamente regada con la sangre del padre Francisco Javier Saeta, circunstancia que le animaba al trabajo y le aseguraba juntamente del logro.

No fué tan feliz el padre Salvatierra: por diligencias que hizo tanto

1696.

Vuelve el padre Kino á la Pimería, y solo lleva al padre Varillas.

con el Exmo. Sr. virey como con el padre provincial, no pudo conseguir la licencia que pretendia para entrar á California; empresa que despues de tantos costos inútiles se tenia ya por imposible; antes se halló con un nuevo impedimento por venir destinado de N. P. general por rector y maestro de novicios en el colegio de Tepotzotlán. Cerrados así en México todos los caminos, no desmayó el padre Juan María, antes volvió confiadamente los ojos á Guadalajara, en que el fiscal de la real audiencia D. José de Miranda y Villagran, noble y piadoso caballero, conocia íntimamente su celo y lo favorecia cuanto era posible. Aconsejó á este ministro, y él practicó luego en 17 de julio, un informe al señor virey de la grande utilidad de aquella conquista, y comodidad que entonces se ofrecia por los muchos barcos que frecuentemente entraban al buceo de las perlas. Este informe aunque por entonces no surtió efecto alguno, no dejó de servir mucho en lo sucesivo. Por el presente se contentaba el padre Salvatierra con la licencia de la religion, confiado en que aunque de las cajas reales no se le diese socorro alguno, se lo franquearia el Señor por la intercession de la Virgen de Loreto, á quien desde el principio habia constituido patrona de aquella grande empresa; pero aun esta se le hacia cada dia mas difícil. A pocos meses de retirado de Tepotzotlán el padre Salvatierra, pasó por aquel colegio á la vista de los de tierra dentro el padre provincial *Juan de Palacios*. En los pocos dias que allí se detuvo le acometió un furioso dolor de costado y tabardillo. Suplicando al padre Salvatierra lo encomendase con sus novicios á la santísima Virgen, le respondió resueltamente que no tenia que esperar la salud mientras no le prometiese á la santísima Virgen dar la licencia para la conversion de la California. Respondió el padre provincial que aquel negocio no dependia de solo su arbitrio, que debia atender al dictámen de la consulta; pero que sin embargo haria cuanto estuviese de su parte para su feliz éxito. Bajó el padre Salvatierra con los hermanos novicios á la santa Casa de Loreto que allí habia edificado su íntimo amigo y compañero el padre *Zappa*, y hecha oracion subió la imágen Lauretana al aposento del padre provincial, que luego comenzó á mejorar y á poco tiempo se vió libre de riesgo. Volviendo á convalecer á México llevó consigo al padre Salvatierra para que propusiese personalmente á la consulta con las razones en que fundaba el buen éxito de sus designios. Hizolo el padre con toda la viveza y energía que le inspiraba su celo; sin embargo, nada pudo con-

seguir de los padres consultores y volvió á Tepotzotlán, donde redoblando con los hermanos novicios sus fervorosas oraciones, esperaba alcanzar de Dios lo que antes se le dificultaba de parte de los hombres. No le engañó su vivísima confianza. A fines de diciembre se halló llamado á México del padre provincial: se le dijo que finalmente se habia determinado darle la licencia para la entrada en California; pero que en las circunstancias no se podia pretender limosna alguna de las cajas reales, ni el virey y ministros de la real audiencia se hallaban en ánimo de concederla; que á su cargo estaria solicitar los medios necesarios para el transporte, subsistencia y seguridad de los primeros misioneros.

A esta gustosísima noticia habia precedido pocos meses antes otra no menos ardientemente solicitada del padre Salvatierra. Desde el año antecedente en que gobernaba el colegio de Guadalajara habia pretendido fundar en aquella ciudad un colegio Seminario para el mejor logro de los estudios. Ayudábanle para su intento con su limosna algunos bienhechores, y singularmente los nobles señores D. Diego y D. Juan Arriola y Rico, canónigo magistral de aquella santa Iglesia, que fundaron efectivamente varias becas. Presentóse el padre Juan María al señor doctor D. Alonso Zavallos Villa-Gutierrez, gobernador del nuevo reino de Galicia, y presidente de aquella real chancillería, quien con dictámen del fiscal, en 25 de junio de 1695 proveyó auto en que concedia su licencia para la dicha fundacion. No se pudo llevar á debido efecto con tanta brevedad que no espirase antes el trienio del gobierno del padre Salvatierra; pero animando este desde México y acalorando de nuevo el negocio, tanto con los superiores de la Compañía como con el fiscal D. José Miranda, y otros sugetos distinguidos de Guadalajara, consiguió que á 11 de febrero del año que tratamos, se despachase nuevo decreto con insercion del primero en que dicho gobernador y presidente dá y concede licencia para que se erija y funde dicho colegio Seminario de estudiantes en la parte que se ha determinado, siendo en conformidad de lo dispuesto por leyes reales en atencion á la utilidad que á todo el reino se sigue de que en dicho Seminario se eduquen, crien y recojan los hijos de los vecinos de él, y al fervor, provecho y frecuencia que se experimenta en los estudios mayores y menores que en el colegio de la Compañía, á espensas de sumo trabajo y desvelo de los religiosos de él, se mantienen y conservan con tanto lustre, para cuyo efecto, co-

Dáse licencia al padre Salvatierra para pasar á la California.

Fundacion del Seminario de Guadalajara. Año de 1696.